

habia hecho muy rápidos adelantos en el camino de la perfeccion.

El demonio que trabaja continuamente por hacer caer las almas justas, de la altura de la virtud al abismo del pecado, se propuso apurar todo su ardid maldito por perder al virtuosísimo ermitaño. Con este objeto apareció en la montaña en forma de ermitaño ocupando la ermita mas próxima á la de Fr. Juan Guarin, con el que adquirió prontamente relaciones íntimas, teniendo con él conversaciones las mas santas con el objeto de atraerle y poder con mas facilidad llevar á cabo su obra de perdicion. Guarin creyó la fingida santidad de su infernal vecino, al que profesó desde luego tierno afecto.

El mismo enemigo habló por boca de la hija de Vifredo pidiendo que la llevasen á la ermita de Guarin.

La plaza estaba sitiada y se trabajaba por rendirla.

El conde Vifredo que amaba entrañablemente á su hija y deseaba como es natural que consiguiese salud y tranquilidad, la condujo á la montaña de Monserrat y rogó al ermitaño que consintiese en que permaneciese allí por algun tiempo, suplicándole rogase á Dios por ella, para que sanase por completo.

Vifredo conocia la virtud del ermitaño y por mas que su hija fuese jóven y hermosa, nada temia dejándola con tal compañía.

El ermitaño se resistió á complacer al conde.

Un varon abstraído del mundo y entregado á una vida de contemplacion en un desierto, no podia admitir la compañía de una mujer fuese cualquiera la causa porque se le confiaba.

De nada sirvieron las repulsas del ermitaño: el conde sin parar mientes en sus reflexiones abandonó aquel lugar

dejando allí á su hija, á la cual dió hospedaje Fr. Juan Guarin en una de las ermitas mas próximas á la suya.

No tardó en empezar la lucha, pero una lucha terrible que habia de vencer las fuerzas del ermitaño.

El demonio encendió en su pecho el fuego de la concupiscencia: el que á fuerza de rigorísimos ayunos y continuas penitencias habia logrado vencer sus pasiones sujetándolas al suave yugo de la cruz, empezó á sentir desordenados deseos que aumentaron por horas, merced á las sugerencias del demonio que en forma de ermitaño llamaba su atencion hácia la hermosura y natural belleza de la doncella.

Insensiblemente le fué persuadiendo á la maldad de tal modo, que Fray Guarin impulsado por el fuego de la concupiscencia sorprendió á la doncella, abusando criminalmente de su inocencia.

Cometido el delito se horrorizó de sí mismo, temió la ira del conde, y acabó por cometer otro nuevo y no menos horrendo crimen. La degolló y la dió sepultura en la misma montaña, para ocultar el primero.

Los terribles remordimientos de la conciencia siguieron inmediatamente á la consumacion del crimen. Guarin huyó precipitadamente del teatro de sus delitos y arrepentido de ellos se dirigió á Roma para confesarse con el Sumo Pontífice y que le impusiese penitencia segun requieran sus grandes pecados.

El Papa vió su contricion y le concedió la absolucion, pero imponiéndole una terrible penitencia.

Guarin que se habia portado como irracional dejándose arrastrar por la sensualidad, debia vivir como tal, sin levantar la vista al cielo, andando de piés y manos, sin alimentarse mas que con las yerbas del campo, y sin hablar

ni una sola palabra hasta que Dios le manifestase que le habia perdonado.

Aquel pecador que conociendo la gravedad de sus pecados deseaba alcanzar la misericordia del Señor, salió de Roma determinado á practicar cuanto se le habia ordenado. Llegó nuevamente á la montaña de Monserrat y se escondió en una de sus cuevas, dando principio á su áspera y rigurosa penitencia, saliendo de allí siempre sobre sus piés y manos, cuando podia sustraerse de las miradas de los humanos.

Ocho años pasaron sin que Guarín hubiese pronunciado una sola palabra: durante ellos se alimentó con las yerbas, pero cogiéndolas con la boca y nunca con las manos, á manera de los brutos. Sus vestidos habian sido consumidos por el tiempo, y su cuerpo se habia cubierto de vello, de suerte que quedó convertido al parecer en un animal salvaje.

Un día fué descubierto por los monteros del Conde Vifredo en ocasion de que este se hallaba de cacería en la montaña de Monserrat. Lo que menos pensaron es que pudiese ser un hombre: creyéronle un mónstruo de rara especie, ó un individuo de la raza de orangutanes. Le amarraron y lo condujeron al palacio de Barcelona, colocándole en un patio. Corrió la noticia y acudia mucha gente á visitarle para satisfacer la curiosidad, acercándose á él, á vista de que no hacia mal alguno.

Llegó el momento en que Dios manifestase al penitente que se habia aplacado su justa indignacion contra él y que le concedia el perdon.

No sabemos con que motivo, el conde Vifredo habia dado un banquete en su mismo palacio. Luego que hubo concluido bajó con sus convidados al patio donde se hallaba

el que creian salvaje. Estaban observándole y haciendo reflexiones sobre la raza á que debia pertenecer.

Entre aquellas personas allí reunidas se hallaba una ama de cria que amamantaba á un niño de cinco meses hijo del conde Vifredo y al que tenia en sus brazos.

El niño miraba atentamente al mónstruo, pero sin manifestar señales de que su vista le causase miedo ni espanto. De pronto aquel tierno infante abrió sus lábios y con una voz clara é inteligible, pronunció estas palabras:

—Levántate, Juan Guarín, que Dios te ha perdonado.

Todos los que presentes se hallaban quedaron maravillados al oír las palabras del niño, y aun mas cuando vieron que el que hasta entonces habian tenido por bruto se levantó y apareció como hombre, hablando y refiriendo con la mayor humildad el motivo por que habia permanecido de aquella suerte.

¿Que habia de hacer el conde? Fácilmente perdonó á vista de que Dios habia perdonado, demostrando de un modo tan maravilloso la misericordia que habia usado con el pecador arrepentido.

Un nuevo prodigio que tuvo lugar, despues del que acabamos de referir, dió origen al célebre monasterio de Monserrat.

El conde quiso tener el consuelo de trasladar su hija á Barcelona. Despues de dar á Juan Guarín vestidos con que cubrirse sus carnes, se dirigió con él á la montaña de Monserrat: la primera diligencia de ambos fué dirigirse á la capilla de la Virgen. El conde profesaba una ardentísima devocion á aquella Santa Imágen de la que habia recibido beneficios. Lloró ante ella y tambien lloró el penitente.

Despues se dirigieron al lugar en que Guarín manifestó

haber dado sepultura á la hija del conde. Este hizo abrir la fosa.

El cadáver de Riquilda apareció pero sin haberse descompuesto. Parecia dormida mas bien que muerta. Se dispusieron á sacarla, pero no fué necesario practicar esta diligencia. La jóven se levantó por sí misma apareciendo con vida. Estaba tan jóven y tan hermosa como ocho años antes, y en su cuello se veía una señal encarnada que denotaba el sitio por el que habia sido herida.

A vista de tan milagrosa resurreccion llenóse de regocijo el conde Vifredo y en compañía de su hija y de Juan Guarin dió gracias á la Santísima Virgen por este extraordinario y singular favor que le habia dispensado.

La gratitud es propia de corazones nobles.

Vifredo determinó erijir un monumento que perpetuase la memoria del suceso y fundó un monasterio en el mismo lugar que habia servido de sepultura á su querida hija. Ya dijimos que este monasterio fué en un principio destinado á monjas benedictinas. Riquilda que ya habia muerto para el mundo, quiso vivir tan solamente para Dios, y tomó el hábito en este monasterio, del que fué abadesa. Guarin tampoco quiso apartarse de aquel lugar y quedó al servicio del monasterio. Despues de algunos años de una vida ejemplar murió en olor de santidad. Ya hemos insinuado tambien las causas por que fué mas tarde destinado este suntuoso monasterio á religiosos.

Tal es la original tradicion que encontramos consignada por algunos escritores, y á la que, como protestamos antes de narrarla, no damos otra autoridad que la puramente humana.

Si fuéramos ahora á hacer mencion de todos los milagros de que tenemos noticias hanse efectuado por interce-

sion de la Santísima Virgen á favor de cuantos han acudido á impetrar su proteccion ante la imágen de Monserrat, tendríamos necesidad de ocupar muchas páginas. Con el objeto de satisfacer los deseos de los lectores, nos haremos cargo tan solamente de dos, escogidos á la ventura entre los varios de que nos da cuenta el referido Padre Villafañe.

El año 1312 llegó á Monserrat un hombre que llevaba consigo un hijo suyo que estaba demente, y además era sordo, mudo y parilítico. Era la vispera de la festividad del Apóstol San Bartolomé, cuando llegó á la montaña. La fama que justamente habia adquirido aquella Imágen por los muchos y repetidos prodigios que obraba á favor de las criaturas, le habia movido á emprender aquel viaje para suplicar á la protectora benéfica de la humanidad se compadeciese del triste y lamentable estado en que su hijo se encontraba y le alcanzase del Señor el remedio de sus males. Lleno de fe postuló ante la veneranda efigie, y tanto instó en sus súplicas, que por espacio de tres noches continuadas permaneció en vela, orando con el mayor fervor. No rogó en vano. La Virgen purísima, que tiene siempre fijos sus ojos para ver nuestras necesidades y atentos sus oídos para escuchar nuestros ruegos y súplicas, atendió á los clamores de aquel hombre é instantáneamente su hijo quedó libre de todos sus males, de suerte que recobró el juicio y la agilidad en sus miembros, y desatándose su lengua prorumpió en alabanzas á la Santísima Virgen de Monserrat, de la que habia recibido beneficios tan extraordinarios.

En el año 1622 vino á Monserrat el Excmo. Sr. D. Rodrigo Pimentel y Quiñones, conde de Luna, á dar gracias á la Santísima Virgen por un favor singular que habia recibido á través de una tempestad en el mar, y para perpé-

tua memoria lo dejó escrito y firmado de su puño en el monasterio. Por este escrito consta que habiéndose embarcado en Marsella en una barca grande, con algunos amigos y tres criados, con el objeto de dirigirse al puerto de Barcelona, se levantó una desecha tempestad que puso en peligro las vidas de todos ellos. Los marineros llegaron á perder el tino y corrieron toda la noche sin saber adonde llegarían á parar por el terrible golfo de Leon que tantas víctimas tiene á su cargo. En tan grande afliccion y cuando mas inminente era el peligro, el conde que era muy devoto de Nuestra Señora de Monserrat exhortó á sus compañeros, y todos ellos se acogieron á la proteccion de la Señora, cuyo amparo imploraron con el mayor fervor. Era ya el amanecer. Los primeros rayos del sol vinieron á disipar las tinieblas de la noche, y pudieron ver que se hallaban tan solamente á tres millas de distancia de Barcelona, cuando segun lo que habian corrido durante la noche y con viento contrario debian encontrarse á muchas leguas de aquel puerto. Volvieron de nuevo á implorar el amparo de la Santísima Virgen de Monserrat, y sucediendo en el momento la calma á la tempestad, entraron con facilidad en el puerto. Todos reconocieron en esto un favor singular de María, y el conde que en compañía de los que con él habian visto sus vidas en tanto peligro, acudió á dar gracias á la Santísima Virgen en su monasterio, quiso, como antes dijimos, dejar consignada la memoria del suceso.

IV.

Los monarcas españoles han profesado gran devocion á esta Santa Imágen, y entre todos se ha distinguido el señor Don Felipe II, que dió claros testimonios del afecto entra-

ñable que la profesaba, enviando crecidas limosnas para su culto y visitando repetidas veces su santuario.

En el año de 1564 asistió dicho monarca á la procesion que en el día de la Purificacion de Nuestra Señora se hacia en aquel Monasterio, y á su presencia y como para premiar su piedad quiso la Reina del cielo efectuar un prodigio. Una multitud de gente habia acudido, así para asistir á la funcion como para ver al Rey. Al pasar este con un hacha en la mano presidiendo el procesional cortejo, fueron tantas las personas que se agolparon á un antepecho de madera, que no pudiendo resistir el peso vino á tierra, cayendo todos los que en él estaban sobre las muchas otras personas que debajo se hallaban. ¡Prodigio admirable! Ni los unos ni los otros espermentaron la menor lesion, pues que á todos los protegió de un modo visible la Santísima Virgen. A vista de esto, el monarca pronunció estas piadosas palabras: *Bendita sea la Madre de Dios.*

El mismo Felipe II mandó edificar una nueva iglesia que fuese mucho mayor y mas hermosa que la antigua, encargando al celebre escultor Estéban Jordan el altar mayor que habia de colocarse en el nuevo templo. Hizolo de bellísima forma el escultor, tardando nueve años en concluirlo, y recibiendo por él catorce mil ducados. A los dos lados de este altar se lee la siguiente inscripcion: *Opus Philippi secundi Hispaniarum Regis: Vallis-Oleti sculptum anno MDXCII*, que vertida al castellano dice así: *Obra de Felipe Segundo, Rey de las Españas, hecha en Valladolid año de 1592.*

No fué menor la liberalidad de Felipe III para con la iglesia y monasterio de Monserrat. Ya habia muerto su augusto padre cuando terminaron las obras del nuevo templo, y él fué el que acompañado de los grandes de la Côte tras-

ladó á él desde la iglesia contigua, con gran pompa y solemnidad la veneranda imágen de la Santísima Virgen, no sin haber obtenido antes licencia espresa del Sumo Pontífice Clemente VIII, porque estaba prohibido bajo pena de excomunion mayor mover la imágen del sitio que ocupaba. La memoria de esta traslacion quedó consignada en la iglesia antigua en la inscripcion siguiente: *Philippo III Hispaniarum Rege Catholico presente, Deiparæ virginis imago hinc in novum Templum translata fuit quinto Idus Julii anno MDXCIX. cum hic septingentis annis miraculis claruisset.* Cuya inscripcion traducida en castellano dice así: Estando presente Felipe III, rey católico de las Españas, la imágen de la Virgen Madre de Dios se trasladó de esta iglesia al nuevo Templo á 9 de julio. del año de 1599, habiendo resplandecido en este lugar con milagros setecientos años.

Con dificultad habrá habido en toda la estension del Cristianismo un santuario mas rico en alhajas que el de Nuestra Señora de Monserrat. Los muchos monarcas que le han visitado movidos de su devocion han hecho todos opulentos y suntuosísimos donativos. Entre las varias coronas que tenia la Santa Imágen, todas ellas cuajadas de pedrería, la mejor era la que formó el monasterio reuniendo varias joyas de su tesoro. Basta decir que esta preciosa corona tenia mil ciento veinte y cuatro brillantes, algunos de ellos de gran tamaño: mil ochocientas perlas todas iguales; treinta y ocho esmeraldas, veinte y seis rubies, rematando en un navío de oro y brillantes cuyo valor pasaba de un millon de reales, donacion de la emperatriz Isabel, esposa del opulento monarca Carlos V.

Tantas riquezas han desaparecido. Una parte de ellas sirvió para atender á las necesidades de la gloriosa guerra de la Independencia á principios del presente siglo, otra

parte fué sustraída por los franceses cuando se apoderaron del monasterio en el que tanto daño causaron.

No queremos detenernos en hacer reflexiones sobre los males que á nuestra patria trajo el ejército de Napoleon Bonaparte, que valiéndose de la mayor perfidia se apoderó de nuestras mas principales ciudades, arrebatándonos nuestros reyes y sembrando por todas partes la desolacion y el espanto. Un ejército compuesto de mahometanos no hubiera podido insultar mas descaradamente nuestra fe y nuestras creencias que lo hizo el ejército de una nacion llamada cristianísima, que en su corta permanencia en España saqueó nuestros templos destruyendo muchos de ellos. Hable el de Monserrat del que nos ocupamos. De su historia jamás se borraré la negra página que nos recuerda que al abandonarle los franceses aplicaron á él por diferentes lados barriles de pólvora á los que pusieron fuego, á cuya gran iniquidad se debió el que quedase reducida á cenizas la antigua iglesia y una gran parte de la nueva, que fué reedificada por la piedad nunca desmentida de los monarcas españoles.

No debemos concitar odios y mucho menos en una obra religiosa, pero si recordaremos con gozo el valor y heroísmo de los españoles que supieron sacudir el yugo extranjero, luchando con un denuedo admirable por la independencia de su patria.

El monumento erigido en el Prado de Madrid donde descansan las cenizas de las víctimas de nuestra independencia, es un signo de baldon para nuestros enemigos como de gloria para nosotros. ¡Cuántas desgracias traen en pos de sí las guerras llevadas á cabo á impulsos de la ambicion y de la soberbia!..

Nos hemos separado á nuestro pesar del asunto principal á que consagramos nuestro trabajo, pero no hemos de

borrar lo una vez escrito, cuando ha sido dictado por los impulsos del corazón y cuando no hemos consignado sino verdades, por mas que sean amargas para algunos.

Desde el año 1812, en el que los franceses abandonaron el santo monte de Monserrat, donde en el silencio que reina entre sus peñascos tantos monjes se habian santificado, volvieron sus religiosos moradores á buscar sus destruidas moradas.

La caridad reedificó lo que la perfidia habia destruido.

Los monjes no fueron molestados hasta el año de 1822, en cuya época ardió una guerra civil en Cataluña.

Entonces puede decirse que se desarrolló de las fajas de la infancia la libertad que nació en Cádiz y que engalanada con los mas ricos atavíos habia de concluir por empobrecer nuestros templos, por acabar con los asilos de la santidad, por hacer desaparecer de nuestro suelo aquellos institutos religiosos asilos de las ciencias, y donde la juventud encontraba maestros espertos, que dirigiendo sus pasos por las sendas de la rectitud les enseñaban á ser buenos cristianos y buenos ciudadanos. ¡Cuándo se convencerán los reyes y los gobiernos que el pueblo mas religioso es el mas dócil á los poderosos de la tierra!... Uno de los Emperadores paganos decia: «Mientras mas respeto tengan mis vasallos á los dioses, mas seguro estará mi trono.»

No solamente los monjes de Monserrat, sino aun la misma Virgen tuvo que abandonar su morada en la época que acabamos de citar. La Santa Imágen, que no habia salido de la montaña hacia mil ochenta años, desde que fué oculta en la cueva cuando la invasion sarracena, fué conducida á Barcelona.

A los dos años, en 1824, fué trasladada á su casa con la mayor pompa y solemnidad.

El culto continuó y los monjes cantaban diariamente las alabanzas de Maria ante su bello simulacro.

En 1833 bajó al sepulcro el Sr. D. Fernando VII, y á esta muerte sucedió una guerra civil de siete años. Dos partidos contrarios se disputaban el triunfo. Uno representaba la antigua monarquía con sus leyes y tradiciones y estaba simbolizado en el hermano del difunto monarca D. Carlos María Isidro de Borbon. El otro partido se proponia inaugurar una época de felicidad, y luchó no con menos denuedo en favor de la hija primogénita de Fernando VII, que se desarrolló y creció entre el humo de la pólvora y el ruido de las balas, y á la que plugo á Dios conceder el triunfo, para que fuese una reina tan católica y de tan magnánimos sentimientos como todos reconocen en la augusta nieta de San Fernando, Doña Isabel II que hoy rige los destinos de la nacion española.

Efecto de aquella guerra civil en la que á torrentes se vertió la sangre de los españoles fué la supresion de las órdenes religiosas, que hizo abandonar á los monjes la montaña de Monserrat. Entonces tambien fué sacada de su templo la imágen de la Santísima Virgen, y trasladada á una casa particular donde permaneció hasta el año 1844, en el que fué otra vez trasladada á su santuario nuevamente restaurado.

Hoy no hay monjes, pero en su lugar algunos sacerdotos que lo fueron, viven allí dando culto en aquel santuario, que es continuamente visitado de propios y extranjeros.

Seria largo el enumerar las visitas que á esta Santa Imágen han hecho todos los monarcas españoles. Diremos tan solo que el 30 de setiembre de 1860, nuestra augusta soberana Doña Isabel II subió acompañada de su esposo el rey D. Francisco de Asis, el principe de Asturias D. Alfon-